

Análisis

# *Valores, virtudes y militancia*



Hablar de la crisis de valores que padece nuestra sociedad, no es hablar de algo que sorprenda a nadie a estas alturas. Quien más quien menos, desde los distintos ámbitos en los que se desenvuelve nuestra vida: educación, cultura, política, economía... reconocemos que «*las cosas*» que conforman nuestra relación cotidiana, han perdido su motivación profunda, el sentido ético que las movía, que las fundamentaba en su origen, concebidas para hacer un mundo más humano y mejor; por tanto, han ido desvirtuando su razón de ser.

De esta forma, la educación ha ido transmutando su contenido formativo de personas morales, para convertirse en cauce de instrucción del ciudadano del futuro que la sociedad demanda, al cual gratificará con sustanciosas prebendas económicas su preciado nivel de calidad.

La economía transformada en la nueva religión de la postmodernidad elude su función equitativa en el reparto de la riqueza y, vendida al mejor postor, sólo entiende de criterios de enriquecimiento y rentabilidad. La técnica olvida la naturaleza de quien la crea convirtiéndose en una amenaza para su hacedor: el hombre.

La ciencia, muy a su pesar, puesta al servicio de los ricos, no consigue el paraíso con el que justifica su desenfundado desarrollo, sino la concentración de poder en manos exclusivas y excluyentes.

La política, que propone a la democracia como cauce ideal de su articulación en la sociedad moderna, consolida en la legalidad a la explotación, a la injusticia y al desequilibrio entre ricos y pobres con el pretexto de la mayoría...

Sintetizando, lo que vale hoy en día es lo que tiene éxito, es útil, está de moda o produce beneficios, especialmente económicos.

Con esta escala de valores se deduce el contenido ético del sujeto social que pugna por estar

en la cresta de la ola en este momento histórico que le ha tocado vivir de pluralismo ideológico, de relativismo existencial, llegando como máximo altruismo a la tolerancia. Sin convicciones fuertes, ni valores profundos, hablarle de personas virtuosas le recuerda a los célebres artistas de Fontainebleau.

En el imperio de lo efímero, del crepúsculo del deber y del sacrificio, de éticas indoloras, sin sentimiento de culpa y sin responsabilidades por lo ajeno, se va imponiendo la ética del naufragio, es decir, la del sálvese quien pueda.

Pero este no es el final de la historia, no señor, no para los que creemos en un orden nuevo articulado, no por individuos, sujetos, ciudadanos, contribuyentes, clientes o consumidores... sino por personas conscientes de que «la fuerza social de una persona con convicciones equivale a más de noventa y nueve que sólo tienen intereses».

Existe un horizonte nuevo para quienes entendemos al ser humano como persona portadora de valores que mueven nuestro corazón, imantan nuestra vida y nos hacen existir, ser y actuar produciendo el bien a

nuestro paso, actuando en consecuencia como personas virtuosas que no bajan la guardia en los avatares del terrible cotidiano, pues sabemos las dificultades que entraña el día a día, el navegar contra corriente; somos conscientes de nuestra fragilidad e inconstancia, que nos lleva al error, incluso conociendo donde está el camino. Por eso nuestra andadura será comunitaria, respondiendo responsablemente a la pregunta ¿dónde está tu hermano?, sobrellevando recíprocamente con amor la pesada carga, iluminándonos con el acontecimiento interior, que es nuestro guía, y con la luz de tantos hermanos y maestros que, como Mounier, han hecho camino antes para que quienes les seguimos sepamos hacia donde orientar nuestro esfuerzo de lucha, nuestro esfuerzo militante. Que Dios nos bendiga por estar ahí intentándolo, por no tirar la toalla.



Asistentes a las XII Aulas de verano del Instituto E. Mounier (Burgos, julio de 2001)